

LOS CUATRO PUNTOS CARDINALES DE LA SEXUALIDAD HUMANA

AQUILINO POLAINO-LORENTE

La vida humana ni está unívocamente determinada, ni tampoco completamente por hacer. El hombre —y todas las actividades por él realizadas— está enraizado en su naturaleza, a la vez que abierto a la historia. No cabe pues encorsetarlo en ninguno de estos dos **determinismos**: ni el **fiscalismo biológico**, ni el **historicismo pretendidamente autorealizador**. Porque el hombre, en cualquier momento de su vida, no está del todo hecho, ni del todo por hacer: es un ser libre.

La grandeza de la libertad, sin embargo, está contrabalanceada con la posibilidad de hacer un mal uso de esa libertad, con la miseria de elegir el error, con la posibilidad de extraviarse a sí mismo.

En el fondo de esta hipótesis posibilista subyace el misterio de la libertad humana; un misterio éste que no es fácilmente aprehensible, pues, de una parte, por la libertad el hombre se abre a todas las cosas pudiendo someterse a la verdad de los seres todos. Pero de otra parte, el hombre puede errar, ser vulnerable, no acertar mientras busca la verdad de los demás seres.

La libertad hace posible la apertura del hombre hacia la verdad; pero también esa misma libertad hace posible el encerramiento hermético del hombre consigo mismo y con sus propios errores.

El mal uso de la libertad —y el error que es su consecuencia— en absoluto puede entenderse como un signo de la libertad y mucho menos como la misma libertad. De ahí que de ninguna ma-

nera resulta más libre el que más se equivoca. Antes al contrario, quien más yerra menos libre es.

Es precisamente por esta libertad que el hombre puede usar desordenadamente, erróneamente, de la mayor parte de sus facultades. La función generativa es una de esas facultades cuyo uso erróneo está hoy muy frecuentemente extendido. Este error generalizado patentiza la falta de formación del hombre contemporáneo y su atrincheramiento en la ignorancia ganancial y vencible.

Esta ignorancia es *ganancial*, porque en muchos casos hunde sus raíces en el hedonismo, un efecto concomitante y derivativo del uso de la capacidad generativa.

Esta ignorancia es *vencible* porque el desarrollo contemporáneo de muchas disciplinas permite una información precisa, rigurosa y ajustada a la realidad, que es de hecho incompatible con esos usos y costumbres erróneos a los que me he referido líneas arriba.

La ignorancia hunde al hombre en la oscuridad y le hace dependiente, cada vez más dependiente, de sus propios errores. Es preciso ofrecer, pues, unas coordenadas, un marco de referencias, unos puntos cardinales, que posibiliten la reorientación de la conducta humana en lo que aquí respecta, de forma que se ponga término a estos errores de comportamiento. Ofrecer referencias no es otra cosa que procurar al hombre señales, objetivos, hitos inabatables, que guíen, orienten y señalen de forma certera su andadura por la vida.

Cuatro son, a mi juicio, los puntos cardinales que pueden servir a la orientación verdadera del comportamiento sexual del hombre. Estos puntos cardinales o dimensiones de la sexualidad humana son los siguientes: generativo, afectivo, cognitivo y teocéntrico. Pero antes de profundizar en cada uno de estos hitos, permítaseme la exposición de una breve nota acerca de la competencia científica, a este respecto, de las diversas disciplinas.

Las investigaciones aportadas desde el campo de la psicología, de la fisiología y de la sociología han enriquecido —a qué dudarlo— nuestro saber antropológico. Ello no obsta para que todos estos conocimientos integrados, por muy profundos y veraces que sean, resulten insuficientes, reduccionistas casi. De ahí mi apelación a la dimensión teocéntrica del comportamiento sexual humano. El autor de estas líneas, en ningún modo pretende hacer teología desde su posición de psicopatólogo. Su pretensión teoló-

gica se agota en hacer patente la insuficiencia de toda antropología que deje fuera de foco, que ignore, voluntariamente o no, las aportaciones iluminadoras que sobre el saber acerca del hombre nos llegan por vía de la Revelación divina.

Y es que, cuando Dios revela algo El mismo se desvela en lo revelado y simultáneamente desvela también la naturaleza del destinatario al que va dirigida esa revelación. Dicho en otras palabras, el misterio revelado desvela —y muy importantemente— el misterio del hombre.

Por esto no considero una caída en el intrusismo el asumir el punto de vista teocéntrico a la hora de modelar el marco referencial donde el hombre pueda asomarse cuando desee encontrar las normas verdaderas a las que ha de someter su natural comportamiento sexual.

Veamos a continuación de forma individuada cada uno de estos cuatro puntos cardinales.

1. LA DIMENSIÓN GENERATIVA

La dimensión generativa aparece a primera vista como la más obvia y, sin embargo, no lo es del todo en la actualidad. Es un hecho que sin ella no se explicaría la presencia de los que estamos aquí reunidos. La dimensión generativa reúne dos aspectos diferenciales: la procreación y la genitalidad. En la segunda es donde asienta fundamentalmente el hedonismo, pero sin embargo su encaminamiento obligado hacia la procreación, es la que da razón de ella, de su estructuración autonomofuncional, a la vez que en la procreación encuentra y recibe su sentido último.

En la actualidad la dimensión generativa es la que aparece especialmente perturbada, por vía de la marginación disociativa. Es frecuente que en el uso de la capacidad sexual se reprima y frustre la dimensión procreadora, mientras que no se escatima ningún medio, por artificial que sea, para agigantar hasta la monstruosidad la dimensión genital, de manera que se satisfaga el hedonismo ególatra y solitario. Y esto a pesar de que tales medios artificiales, perseguidores de la exaltación hedónica, supongan, en muchos casos, un atentado contra la naturaleza humana, algo que vulnera, incluso muy substancialmente, la salud del individuo.

2. DIMENSIÓN AFECTIVA

El ayuntamiento carnal entre personas es siempre una relación comprometedora además de comprometida. Y es que este tipo de relaciones, contra todo lo que se ha dicho en estos últimos años, no puede ser trivializada ni degradada a algo puramente periférico, epidérmico. El hombre y la mujer son, ante todo, personas. Por eso no pueden utilizarse recíprocamente (ni aun cuando voluntaria y tácitamente así lo hayan acordado), con la pretensión exclusiva de tomar en el otro la pequeña dosis de placer que sólo egoístamente satisface.

El ayuntamiento carnal en el hombre va siempre entreverado de resonancias afectivas que inequívocamente dejan huella hasta el punto de formar parte de ese tejido íntimo que es la personalidad propia.

Cuando se excluye o margina el compromiso afectivo en esas relaciones interpersonales, la relación humana queda abismada, perturbándose y descendiendo a un nivel que está debajo de la relación entre animales. El hombre y la mujer, aunque funcionalmente puedan entrelazarse como seres anónimos, de hecho, ni lo son ni jamás pueden ser. El tratamiento del hombre por la mujer o viceversa, como simple objeto de placer, es siempre un atentado contra la esencia metafísica del hombre. La represión de la dimensión afectiva genera sentimientos de culpa, de subestimación, de asco, de náusea, etc., —incluso entre los no creyentes—, que acaban por cercar a la persona en el estrecho perímetro de la neurosis.

3. DIMENSIÓN COGNITIVA

El conocimiento del otro es inseparable del amor por él. Conocer y querer, aunque sean funciones distintas, en el plano operativo son indistinguibles. Lo uno lleva a lo otro. Cuanto *más* se ama a una persona, *mejor* se la conoce. Y viceversa. Frustrar esta dimensión de la sexualidad humana —poco importa que las otras dimensiones sean satisfechas— significa muchas veces poner en grave peligro la continuidad del compromiso interpersonal. El quebranto de la fidelidad conyugal reconoce en la insatisfacción de esta dimensión una de sus causas más frecuentes e importantes.

La rutina, el tedio, el aburrimiento, el aburguesamiento en la relación con el otro tal vez confortablemente instalado en la poltrona, supuestamente conquistada, son en muchos casos los agentes destructores de la lealtad de la pareja. El amor entre personas, incluso el ayuntamiento carnal entre ellas, exige la luminosidad del mutuo conocimiento. Si no hay nada que comunicar difícilmente habrá algo que compartir. El amor de persona no se gana de una vez por todas y para siempre. El amor entre personas es una conquista continua en la que obviamente, está implicado el conocimiento recíproco de los dos amantes.

4. LA DIMENSIÓN TEOCÉNTRICA

Las tres dimensiones anteriores apuntan, se dirigen, y tienden a esta dimensión teocéntrica, finalista, teleológica, en donde todas ellas se completan y perfeccionan.

Y ello, en *primer lugar*, porque la capacidad generativa humana no sería tal sin la intervención del Ser que la hace posible, y a la que ésta debe ordenarse.

En *segundo lugar*, porque los afectos entre personas encierran en sí la grande aspiración de ser parte de los afectos de los hombres a Dios. Del mismo modo, el compromiso afectivo entre el hombre y la mujer llega a su techo más alto cuando desbordándose, se vierte en una tercera persona, dependiente y generada por ellos, pero libérrima, a la que llamamos hijo. Pero no se olvide, que el nuevo ser y los afectos que sobre él inciden y que de él proceden, por ser libérrimo y por haber sido creado, está re ligado y, vincularmente comprometido con Dios, que le hizo ser.

Por consiguiente el amor entre padres e hijos es indisoluble —debiera ser una misma y única cosa— del amor entre los cónyuges entre sí, entre los cónyuges y Dios, entre los hijos y Dios. La filiación humana, no se explica ni se entiende sin la filiación divina. He aquí, en esbozo, una clave apenas apuntada, para la reflexión acerca de la familia.

Y en *tercer lugar*, porque el conocimiento mutuo se acrece a la luz del conocimiento divino. Bajo la luz de la fe el conocimiento humano adquiere nuevas profundidades en las que emergen el otro y uno mismo, con un realismo nuevo en el que se hacen transparentes aspectos hasta entonces desconocidos. De hecho, en la medida que uno se respeta a sí mismo —y se respeta a sí mismo en función de su saberse hijo de Dios—, respeta a los

demás. Estas son algunas de las aportaciones del saber teológico irrenunciable para la antropología. Desde esta perspectiva, puede hablarse de una teología cristiana que desde el estudio del hombre se encamina hacia un acercamiento al conocimiento de Dios (el encaminamiento antropológico ontoteológico). Convendrá en lo sucesivo investigar en el hombre desde la luz de la fe (encaminamiento teológico-antropológico). Con esta vía de acercamiento a la antropología —vía descendente desde Dios al hombre—, el hombre asciende hasta el puesto que realmente ocupa en el cosmos, posición donde debería estudiársele siempre y que debiera ser exigida a toda investigación antropológica que pretenda ser realista.

Esta dimensión teocéntrica de la sexualidad humana urge al hombre para que, aceptando consecuentemente la fe recibida, ajuste su comportamiento al mensaje revelado. La subordinación del hombre a Dios, antes expresada, no supone un límite restrictivo para su libertad. Antes bien ésta queda ampliada en tanto que mientras se subordina a la fe y ajusta a ella su comportamiento, la fe misma sale garante de que el comportamiento humano es adecuado a la verdad.

Unas breves palabras sobre el hedonismo

Después de lo expuesto líneas atrás queda claro que el hedonismo ni es, ni podrá ser jamás, un punto cardinal que sirva de referencia para el ordenamiento de la conducta sexual humana. El placer que el comportamiento sexual lleva parejo, no es ni referencia, ni guía, de esa actividad, sino más bien consecuencia subordinada a ella y derivada de ella. Y en tanto que consecuencia, es aceptable, buena, óptima, cuando previamente se han satisfecho con toda justicia —*conditio sine qua non*— las dimensiones anteriormente referidas. En cambio, la renuncia voluntaria al placer emanado de este comportamiento, ni disminuye, ni degrada, ni altera dicho acto humano, siempre que haya un motivo superior, justo y razonable, que así lo aconseje y/o exija.

La reorientación de la sexualidad humana en el marco de la antropología realista y cristiana exige satisfacer los requisitos hechos explícitos en los anteriores cuatro puntos cardinales. Cuando se satisfacen todos esos requisitos el comportamiento sexual deviene en una actividad finalista, propositiva, teleológica, plena de sentido, personalizada, en una palabra, humana y, por consiguiente, sobrenaturalizable.